

LA DECLARACION DEL GENERAL DE GAULLE DE 16 DE SEPTIEMBRE Y SUS SECUELAS

El General De Gaulle fué llevado al poder por el levantamiento de los habitantes de Argel, sostenidos por el Ejército contra la IV República, y por los hombres políticos de ese régimen en zozobra, quienes, por haber caído en descrédito casi general, prefirieron abandonar el Estado al antiguo jefe del Comité de Londres antes que esperar el asalto de los paracaidistas. El plebiscito que siguió a las jornadas de mayo de 1958 mostró a los franceses de derecha y a los franceses de izquierda, votando en favor del hombre de quienes esperaban unos la liquidación de una democracia delincuyente y, los otros, la defensa de los «grandes principios» republicanos. Estas esperanzas contradictorias explican el triunfo electoral del Presidente de la V República. Explican también sus reticencias y sus ambiguas declaraciones, las indignaciones que han provocado en algunos de sus antiguos partidarios fanáticos y las aprobaciones que expresan los hombres de la oposición.

La causa de esta paradoja se halla aun en la crisis argelina, que sigue dominando la política francesa. Los franceses, cansados de las tergiversaciones de sus parlamentarios, han llamado a su «hombre fuerte» para resolver en una u otra forma la guerra de Argelia. Para decirlo todo, no sabían cómo lo haría. Si se juzga por su silencio y sus reservas después de llegar al poder, puede preguntarse uno si lo sabía siquiera él mismo. El General de Gaulle—lo mismo que el Mariscal Pétain—no había sido nunca un colonial estilo Lyautey, Gouraud, Mangin o, más cerca de él, Juin, Catroux o Giraud. En el curso de la guerra, cuando necesitaba el apoyo de los indígenas del Imperio francés, había lanzado la idea de una comunidad francesa calcada sobre la Comunidad británica. Pero la «descolonización» del mundo había marchado con tal velocidad entre su retiro y su vuelta al gobierno, que el General podría preguntarse si su fórmula no resultaba caduca. Prudentemente, estudió la situación, elaboró un plan económico

grandioso, concedió ventajas considerables a los indígenas que habían permanecido fieles, prescribió al Ejército que prosiguiera enérgicamente la lucha contra los rebeldes, esforzándose al mismo tiempo en ganarse a las poblaciones reticentes. Visiblemente trataba de demostrar a los indígenas que Francia no podía ser vencida, y que, con ella, su suerte sería mejor que en el caso de un muy hipotético gobierno argelino independiente. ¿Con qué fin? ¿Aislar a los rebeldes para llevarlos a deponer las armas? ¿Esforzarse en crear una comunidad franco-árabe (o franco-bereber) sólida? No podía saberse con certeza.

En cambio, lo que sí podía notarse era la obstinación del Presidente de la República en no pronunciar la palabra de integración que sus partidarios habían clamoreado a voz en cuello en mayo de 1958. A los europeos de Argelia, que le acosaban para que pronunciara esa fórmula, no contestaba. Luego los tranquilizaba a medias diciendo a M. Pierre Laffont, director de *L'Echo d'Oran*, que si no pronunciaba la palabra, la hacía pasar cada día en los hechos. ¿Era sincero en ese momento al pensar que la victoria estaba al alcance de sus tropas? ¿Modificó su opinión después del medio fracaso de la ofensiva francesa en Kabilia? Hay un hecho cierto. El lenguaje del General cambió después de las operaciones emprendidas en las montañas del Este argelino.

La campaña de Kabilia fué acompañada al principio de una propaganda intensa. Pareció que se quería persuadir a los franceses de que era éste el último esfuerzo que se pedía al Ejército. Después de la conquista de este reducto de la rebeldía todo se arreglaría. Cuando se conocían esas regiones montañosas y cubiertas de bosques, donde el guerrillero dispone de enormes ventajas, podía uno preguntarse si ese estrépito era muy oportuno, y si se sacaría de la «operación Gemelas» tantos resultados como los que el Estado Mayor francés parecía esperar de la misma. Los acontecimientos demostraron que esas reservas estaban fundadas. La pesada máquina del Ejército francés, actualmente dirigida por un general de Aviación, ha podido, ciertamente, pasear sus vehículos por las carreteras y las pistas, controlar los puntos estratégicos e incluso dedicarse al alpinismo. Los guerrilleros se hurtaron, perdieron hombres, pero siguieron desplazándose a través de las mallas demasiado anchas de la red que los franceses habían querido echar sobre ellos. La operación se saldaba por un cierto dominio del país, pero no por el exterminio o la sumisión de los «rebeldes». ¿Llevó este fracaso parcial a que el General de Gaulle cambiara sus planes? O bien, ¿formaba parte de los proyectos del Presidente demostrar

con los hechos a los nacionalistas que lo rodeaban y a los «ultras» que su sueño de reconquista era irrealizable? Faltan los elementos para responder a estas preguntas. Lo cierto es que el 16 de septiembre, el General se dirigió por radio a los rebeldes y a los leales, y que anunció concesiones que jamás habían osado enunciar los hombres de Estado más «blandos» de la IV República.

Hasta entonces, los gobiernos de París habían sostenido firmemente que Argelia era una provincia de la Francia, una e indivisible, como la Champaña, Bretaña o Córcega, y toda idea de secesión había de ser rechazada *a priori* como sacrílega. Ahora bien, el General de Gaulle declaró el 16 de septiembre que los argelinos—musulmanes y europeos—se pronunciarían, después de restablecida la paz, sobre la suerte de su país. Según los dogmas más puros de la democracia, decidirían si Argelia habría de ser francesa, autónoma o independiente.

En sí la propuesta era sorprendente. Provocó serios revuelos. En primer lugar, objetaron en seguida sus adversarios de París y de Argel: «¿Da la Constitución mandato al General para conceder a los habitantes de una provincia el derecho de dejar la Comunidad francesa?» Y aun cuando lo hubiera tenido, ¿era él, que había mandado ejecutar a tantos autonomistas bretones durante su primer gobierno, quien podía mostrar tanto tolerancia con los bereberes enemigos de Francia? Es evidente que la cuestión es como para turbar. No obstante, se puede objetar que los autonomistas bretones en 1945, no dominaban el maquis como los felagas argelinos, que estaban aislados, sin fuerza, sin apoyos y vilipendiados por la mayor parte de los franceses.

Ya se sabe que el General de Gaulle afirma que el Ejército de Africa ha ganado la batalla de Argelia. Porque es victoriosa, ofrece la paz a los rebeldes, que se obstinan en acampar en los yebels y los bosques, sin otra esperanza que la de agotar la paciencia de los franceses. Pero, ¿se sienten derrotados los rebeldes? Si miden el camino que su guerra ha hecho recorrer a los franceses desde noviembre de 1954, no pueden por menos que felicitarse de las ventajas que han sacado. Porque, al fin, en cinco años, han llevado el Gobierno francés a realizar reformas que han establecido la igualdad total de derechos de los «indígenas» y de los franceses; la concesión del Colegio único, que en virtud de la ley del número les da o les dará, a corto o largo plazo, el dominio de la vida política argelina; privilegios para ocupar puestos de funcionarios y de agentes del Estado. Con acierto pueden estimar que el levantamiento ha dado óptimos frutos. El

Presidente Burguiba les aconseja que aprovechen la ocasión de enviar sus delegados a París. El hombre de Estado tunecino conoce bien el mundo político francés. Ha mostrado que sabía cómo hay que maniobrar para llevarlo a ceder, aun salvando la cara. Sabe que una vez metidos por la pendiente resbaladiza de las concesiones, las gentes de París ya no podrán detenerse. Parece ser que ciertos miembros del Gobierno Provisional argelino, empezando, dicen, por el Presidente Ferhat Abbas, se muestran sensibles a este lenguaje. Pero los «duros», los jefes de maquis no pasan por ese aro. Quieren la independencia o la muerte. Las concesiones que les han hecho los animan a combatir para lograr otras mayores. Acaso también desconfíen del General de Gaulle, que ha cercado un principio del todo aceptable para los nacionalistas argelinos de condiciones que disminuyen singularmente el alcance de su oferta.

Porque, ¿cuándo y cómo se desarrollaría el plebiscito propuesto por el Presidente de la República Francesa? Cuatro años después de haber vuelto a reinar la paz, siendo la paz, para el General, una situación en que no se producen más de doscientos asesinatos políticos por año en un territorio dado. El caso es que en ese país salen pronto a relucir las navajas, y resultará siempre fácil dar largas a las cosas publicando una lista de crímenes que atestigüe que se ha rebasado la cota de paz, y que es preciso esperar. En segundo lugar, si el gobierno francés, juzgando que el clima es favorable para la consulta popular, se decide a organizar el referéndum argelino, ¿cómo se desarrollará éste? Los peritos del sufragio universal profesaban bajo la III República que el partido que detentaba las urnas tenía la victoria. Por este motivo, para entrar a formar parte de una coalición gubernamental, el partido radical exigía el Ministerio de la Gobernación. Es de imaginar lo que pueden dar de sí tales conceptos en el campo argelino, donde los administradores—civiles o militares—manejan a su antojo a hombres y mujeres analfabetos y sin la menor educación política. Me han referido que con motivo del referéndum sobre la Constitución de la V República, hubo oficiales que explicaron a sus indígenas, llevados en camión a votar a los centros electorales, que les iban a dar dos boletines, uno blanco, para poner en la urna, y uno negro para tener derecho a volver a sus aldeas. Semejantes medios dan evidentemente grandes probabilidades de lograr la victoria. Pero los dirigentes de la insurrección argelina, que conocen tales hechos, tienen muchas razones para no dejarse engañar y pedir garantías internacionales. Pero semejante petición plantearía problemas difíciles de resolver, tanto en el plano de la práctica como en el plano

moral. Se necesitaría que un ejército de interventores de la O. N. U. y de policías internacionales viniera a sustituir en Argelia a las fuerzas francesas. El General de Gaulle, que tiene «celos de su grandeza», ¿aceptaría esta intrusión del extranjero en los asuntos franceses? Además, ¿podría, sin correr grandes riesgos, ordenar a un ejército, cuya hipersensibilidad conoce, que volviera a sus acuartelamientos para dejar el sitio a las tropas abigarradas de la O. N. U.? Es muy poco probable. Tropezamos, pues, aquí con una piedra de toque muy seria.

De hecho, el Gobierno francés ofrece a los felagas un plebiscito lejano, celebrado bajo su solo control, lo que equivaldría para ellos a un suicidio por persuasión. El General de Gaulle parte de la idea que sus adversarios están derrotados, abandonados por buena parte de la población y que—lo mismo que Bonaparte con los vandeanos—, les da los medios de acabar honorablemente una aventura en adelante sin salida para ellos. Está persuadido que la masa indígena, cansada de los sacrificios y de los horrores de una guerra interminable, sólo sueña con la paz, y se ha pasado ya al bando de los franceses, que son los más fuertes. En estas condiciones, la mayoría votará en favor de la «francización» o por la «asociación». Una vez recibido el bautismo de la democracia, la Argelia francesa se asentará en bases sólidas. Posteriormente, el enriquecimiento del país, merced al petróleo del Sahara y a la industrialización prevista por el Plan de Constantina reconciliará a todo el mundo en la prosperidad. Argelia florecerá en la paz francesa. Y Charles de Gaulle, nacido para poner término victoriosamente a situaciones desesperadas, habrá sido benemérito de la patria.

Este razonamiento recoge la aprobación de gran número de franceses impacientes por acabar con la pesadilla argelina. También ha suscitado vivas críticas, señaladamente entre los europeos de Argelia, los más interesados en la cuestión. Generalmente, esta minoría tiene mala fama en el mundo entero, incluso entre aquellos que han conseguido lo que aquélla falló el 13 de mayo de 1958. Se le reprocha ser egoísta, tener inclinaciones racistas, de desdeñar la democracia. Nada de esto es falso. Sin embargo, se podría conceder a estos colonos la ventaja de conocer el país y sus habitantes algo mejor que los brillantes redactores de periódicos y los intelectuales disertos de París o de otros lugares. Ahora bien, con una casi unanimidad bastante impresionante, piensan que tarde o temprano una organización democrática conducirá la comunidad arabo-bereber a reclamar su independencia. El principio de la autodeterminación proclamado por el General de Gaulle les parece catastrófico, porque autoriza un Ferhat Abbas

hoy o un Sekou Touré mañana a predicar en Argelia la secesión y la independencia. La diferencia de puntos de vista entre los metropolitanos y los colonos se impone en sus juicios sobre lo que será de una Argelia democrática. Para los metropolitanos, la rebelión argelina se explica porque los colonos son malas personas que no han sabido hacer amar a Francia por los indígenas. Cuando los buenos financieros y los buenos militares metropolitanos hayan construido, con los delegados del sufragio universal argelino, una nueva Argelia justa y próspera, la barrera alzada entre Francia y sus departamentos de ultramar cederá, y todo el mundo se amará en la mejor de las Repúblicas. Es poco más o menos lo que dice Paul Reynaud, que es una de las mejores cabezas del mundo político francés, cuando proclama que Francia «tiene que hacerse amar». Parece creer que es fácil. Pero después de 139 años de dominación, en que los colegas o los predecesores de Paul Reynaud proclamaban solemnemente en los comienzos agrícolas y al final de los banquetes democráticos, que los indígenas adoraban a Francia, su patria (lo que, en efecto, parecía ser verdad en 1930, y hasta todavía en 1942), los franceses se hallan frente a una guerra que decenas de miles de indígenas hacen con el mismo ardor fanático que en tiempos de Abd-el-Kader.

Los europeos de Argelia, que lo saben, se muestran menos optimistas que sus hombres de Estado. Para ellos, la barrera del Islam es infranqueable. Por otra parte, no sin razón hacen observar que en septiembre de 1958 se anunció en París que una votación masiva de la Constitución para Argelia equivalía a un plebiscito. Entonces, ¿por qué celebrar otro? Los plebiscitos—como el del Sarre—, ¿sólo son definitivos, dicen, cuando consagran la derrota de Francia? Las concesiones francesas tendrán en Argelia los mismos resultados que en Tunicia y en Marruecos: desembocarán en la independencia y en el suplantamiento progresivo de los franceses en su colonia. Acaso se quedarán los financieros y los funcionarios de la Enseñanza. Los demás irán a destripar las tierras del Lot-et-Garonne y del Tarn, como los antiguos colonos de los difuntos protectorados barridos por el «viento de la Historia». Esta opinión justifica la acritud con que muchos europeos de Argelia, señaladamente los que hicieron el 13 de mayo, piensan que el General que sacaron de su residencia de provincias para ponerlo al frente de Francia, les hace desempeñar el papel del infortunado esposo Sgnarelle en los entremeses de Molière. Un antiguo alto funcionario del Gobierno general de Argelia, M. Boyer-Banse escribe en un diario de Argel que el Jefe del Estado francés es un megalómano que es preciso

mandar descansar. Es un serio indicio del descrédito en que ha caído el General entre sus antiguos partidarios. Bien es verdad que en la Metrópoli la política del 16 de septiembre le ha adquirido el apoyo de los partidos de izquierda. Aun cuando el autoritarismo del General no agrada a éstos, no pueden reprenderle por hacer lo que en su corazón deseaban, sin tener el valor de confesarlo. En el extraño mundo político francés se habrá visto a socialistas como Mollet y Lacoste practicar la represión con cierto rigor, y al General de Gaulle tender a los felagas una mano, que no se apresuran por cierto a estrechar. Esto demuestra que los franceses saben prescindir a veces de su rigor cartesiano para realizar compromisos dignos de las mejores «combinazioni» de la política italiana.

El conflicto entre Argel y París, sin embargo, tiene pocas probabilidades de convertirse en tragedia. La minoría europea de ultramar necesita de la Metrópoli para resistir el empuje argelino. Si la Metrópoli la abandona ya no puede hacer nada. Su única esperanza reside en una rebelión del Ejército—como en el 13 de mayo. Pero el General de Gaulle tiene sobre los jefes superiores, que con frecuencia le deben su brillante carrera, un prestigio de que no gozaban ni Pfilin ni Jules Moch. Además, ha tenido buen cuidado de alejar los jefes del 13 de mayo, como el General Massu, que pertenece al tipo de oficiales que Napoleón llamaba «les sa-breurs», es decir, los soldadotes, de quienes nada han de temer los Jefes de Estado. Bastará decir a esos generales fieles que altas consideraciones diplomáticas han llevado a Francia a proponer un referéndum, para que estos brillantes militares se pongan a la orden y permanezcan silenciosos. En el escalón de los capitanes y de los tenientes, el estado de espíritu sería acaso diferente. Pero los pronunciamientos no se realizan en este escalón.

Ciertos franceses de Argelia, al saberlo, tratan de adaptarse a las circunstancias y organizarse para conseguir una mayoría francesa en las elecciones. Es este el caso, señaladamente, de ciertos diputados del Oranesado, como M. Pierre Laffont—un metropolitano, director del decano de la prensa francesa «L'Echo d'Oran»—y el doctor Sid Cara, hermano de la Subsecretaria de Estado musulmana del General de Gaulle. Se trata de los representantes del Tell oranés, la única región de Argelia en que los europeos son más numerosos que los indígenas. Un referéndum sería allí favorable a Francia. Una frase del mensaje del 16 de septiembre parece indicar que Francia no abandonaría tales zonas. Por tanto, sus habitantes pueden aceptar la iniciativa del Jefe del Estado con mejor gana que los

del Este, que, sumergidos por masas musulmanas menos comprensivas que las del Oeste, saben que el método del Presidente de Gaulle les condena a la expulsión. Pero al mismo tiempo, el frente coherente que hubieran podido oponer los representantes argelinos, se quiebra. El General podrá maniobrar más fácilmente con grupos divididos que con un bloque monolítico. A los musulmanes opondrá los europeos, a los gaullistas integrales, los gaullistas reticentes o los antigauillistas, a los diputados del Oeste, los de Argel. Los gritos que lanzan contra él los estudiantes argelinos, incluso repetidos en París por el elocuente Georges Bidault, son poca cosa frente a esas bazas. Salvo brusca desaparición del anciano General de la escena política, no se ve cómo podría ser trabada su política argelina.

* * *

De momento, la declaración del 16 de septiembre tiene una ventaja: apacigua, parcialmente al menos, las críticas de los aliados del F. L. N., y alivia a los amigos de Francia, poco seducidos por las perspectivas de un debate sobre Argelia en la O. N. U. La sesión de las Naciones Unidas prometía ser agitada. Se sabía que las naciones del bloque afroasiático estaban dispuestas a procesar a Francia por su intransigencia en Argelia, que Rusia y sus satélites las apoyarían, y que varias naciones suramericanas vacilaban en tomar partido por un «Estado colonialista», pese a sus simpatías por Francia. Ante estas perspectivas, los Gobiernos anglosajones aconsejaban a París que se mostrara flexible, a fin de no verse infligir una moción condenatoria.

La amenaza de las iras de la O. N. U. y las discretas advertencias de sus aliados anglo-sajones, ¿han pesado sobre el ánimo del General de Gaulle, al extremo de llevarle a modificar sus planes? Las apariencias podrían hacerlo creer. Sin embargo, semejante cambio cuadra mal con la psicología del hombre de Estado francés. El General es hombre poco propenso a ceder a la presión exterior. Su vida toda así lo prueba. Las iras de la O. N. U., ¿son más susceptibles de hacerle retroceder? No se ha de olvidar que esas iras son inoperantes. Las mociones de la O. N. U. contra el racismo de la Unión Suráfrica o contra la intervención soviética en Hungría, no han tenido, de hecho, el menor efecto. La acción de la O. N. U., hasta ahora, sólo ha sido efectiva cuando se ha visto sostenida por la flota o la aviación americanas. Como resulta difícil imaginar a los americanos enviando sus fuerzas a Argel para que allí reine la concordia,

la desaprobación de la O. N. U. a los colonialistas franceses sería puramente moral. Es significativo que en la cuestión de las experiencias nucleares en el Sahara, en que Francia se enfrenta igualmente con el bloque afroasiático, el General de Gaulle mantiene firmemente su punto de vista sin temor a afrontar los debates de la O. N. U. Pero el General piensa que la bomba atómica es necesaria para el prestigio de Francia, cuya posición en el mundo reforzará, en tanto que considera la guerra de Argelia como una causa de debilitamiento. Por ello adopta dos actitudes diferentes respecto al areópago internacional, aun cuidándose de ampararse en el mismo para convencer a los franceses recalcitrantes de la necesidad de obedecerle.

En todo caso, hay un hecho cierto. Las declaraciones de 16 de septiembre han causado buen efecto en Nueva York, y han servido a disminuir la vivacidad de la ofensiva de las naciones afroasiáticas. La concesión de la autodeterminación ha parecido a los campeones del anticolonialismo una medida decisiva. Argelia podría seguir el camino de Guinea, cuya independencia ha reconocido el General de Gaulle, han pensado los optimistas. Los prudentes han preferido esperar. Así la diplomacia francesa consigue en primer término ganar tiempo, y lo que es más sustancial, dividir a sus adversarios. En efecto, han podido observarse dos corrientes entre los hombres de Estado árabes y sus aliados, después del 16 de septiembre. Los partidarios de una «entente» con Occidente, como el presidente Burguiba y el Rey de Marruecos, han aconsejado a los jefes del Gobierno argelino en el exilio de cogerle la palabra al General de Gaulle. Los vecinos de Argelia, si bien ayudan ampliamente a los «combatientes de la fe», pueden encontrar que su contribución a la guerra santa contra la Francia colonialista cuesta caro y origina múltiples incidentes desagradables, tan pronto con los franceses como con los soldados o los refugiados argelinos. Un compromiso que los liberase de esas cargas colmaría sus deseos. Se comprende, pues, que Habib Burguiba, en su estilo de tribuno, y Mohammed V, en esa forma afelpada que es la suya, se esfuercen por reunir en torno a una mesa de conferencia a los delegados franceses y a los del F. L. N. En cambio, los musulmanes de Oriente, que la guerra no alcanza, aconsejan a los argelinos que se mantengan intransigentes respecto a la fórmula de la independencia, y que sigan combatiendo hasta que sus reivindicaciones sean aceptadas. El General Kassem y Gamal Abd-el-Nasser rivalizan en energía sobre el particular. Parece ser que en el seno del Gobierno Provisional argelino, existen igualmente las dos tendencias, aunque hasta ahora los partidarios de la lucha siempre

hayan vencido a sus contradictores. Los «duros» pueden argüir con razón a los hábiles que les sugieren aceptar que la lucha sea llevada al terreno político, que es merced a la guerra y a la violencia como han conseguido que Francia acepte la «autodeterminación». Prosiguiendo la lucha, ¿no impondrán toda su voluntad? El razonamiento no es absurdo. Se trata de saber si los combatientes del yebel lo comparten, si están dispuestos a luchar indefinidamente por el principio de la independencia o a aceptar por cansancio la asociación provechosa que les brinda de Gaulle. El Presidente francés apuesta por el desaliento de los felagas, a quienes viene ofreciendo desde hace un año «la paz de los valientes». Los «duros» del F. L. N. apuestan por la fatiga del pueblo francés y de sus círculos dirigentes. Difícil es decir quién se equivoca en esta doble apuesta. Los más pacientes y resistentes alcanzarán la victoria.

ANTONIO MASSIA-MARTIN.